



AAE 8968

Oscar Castro, poeta, cuerpo de greda, poeta, alma de nardo

"Tengo de greda hecha la frente.
De greda tengo más dos manos
sabiduría de mi sueño.
Sabiduría de mi tacto".
(Raíz del Canto O. Castro)

El 12 de septiembre de 1947, Oscar Castro ingresaba al Hospital del Salvador, en Santiago. Tuvo que soportar, primero, las impertinentes, descamadas y sádicas inconsecuencias de la tradicional burocracia y las tramitaciones de nuestros servicios; si es que servíos menores flameran... Como de costumbre, se hace indispensable el amigo influyente, la "cuña", el "compañón", para que se abra una puerta, se otorgue la atención requerida, se suministren los atiborros "vuelva mañana" o los numeritos... "Yo siento, su caso es impecable... Que pase el siguiente." Don Julio Amiaga, del Ministerio de Educación y el teólogo Dr. Orrego Pusma, fueron los ángeles tutelares del poeta que ya, débil, desmoronado, agobiado por el exceso de trabajo y herido por la peste blanca, iba al encuentro con la muerte cuando aún no cumplía ni los cuarenta años.

Amargaria primavera en la que, desde su pulca habitación del Hospital del Salvador, escuchaba el estridente estricto de los gritos miserables agonizantes en la solitud incommensurable del crepúsculo:

"Bordadora de cielo

la ventana fragante,

Por los caminos puros

ya no venía nadie".

(Tarde presente en otra Tarde)

Nadie. Solo el caminar sin pesas de alguna Hija de la Caridad, con sus amplios hábitos aculeos, sus largos rosarios y su toca de las blancas y astilladas. El poeta tiene tiempo para las evocaciones, para irse, con el pensamiento, hasta los lunes rancagüinos, a la tierra que ama, pese a que la última gavilla que cosechó iba atada con los cardos del desengano y los abrojos del desprecio. Había tenido que dejar, abruptamente, la pedagogía que ejercía en el Liceo que hoy lleva su nombre. Todavía escribe. De su espíritu alborotado vienen esos largos poemas que van quedando como flores entre las páginas de un libro: en su último cuaderno cuya morfología patéfica parece remediar lo que muestran las manos abatidoras del artista. Hay un primer poema en el hospital que es una amarga queja sobre la suerte de un hombre que agoniza en la misma pieza en que esté Castro, hay, en este poema, artistas que nos hacen rememorar el "Romance del Emplazado", de García Lorca, pero con tintas más oscuras aún, porque para un enamorado de la vida, la muerte se llama Desgracia. Habrá días serenos, casi felices para ser vividos en el hospital. Hasta quedarán marginados para gloriar el futuro y planificando isla, su mujer, se acompaña. Sigue brotando la vertiente frasca de su canto. (La poesía no sabe de tuberculosis) Insospiciable transparencia de estos poemas al amor, a los recuerdos, a la vida. Retoman las figuritas y las voces que no cansan, como no cansa el espectáculo repetido de las olas, el canto en arpegios de cristal del jíguero o el terciopelo embriagador de los vinos. Designa Oscar los racimos de su Melocotón riquísimo, vuelven como en bandadas las golondrinas de su atado pensamiento. Líbase esta estrofa, saturada de sereno encanto y de seguro ritmo:

"Emprendí mi regreso, como quien va desnudo.
Como si el alma toda se me volviera canto.
Y en un recodo estaban los brazos del silencio
clavados con estrellas sobre la cruz de un árbol.

En el trono de un palacio se hizo delicia al mundo y acarició los montes la campana del Angelus". Leer los últimos poemas de Oscar Castro es como beberse la esencia de toda su obra, es abrazar todos los clímax, escuchar todos los acordes que hacen posible la emoción, es despertar el placer espiritual y el halago de todos los sentidos. Como en una galaxia se desplazan, giran, estallan, de nuevo, los vientos, las estrellas, los nidos, los juncos, las rosas, los gritos, las aves y la quietud de los campos, con sus higueras, sus olivos y sus vidas... Pero, jalón! si se sabe yéndose a la comarca que no permite retornos: "Yo poseo la llave de la ausencia.

Con olla entre a la casa del silencio"
En estos torbellinos de paz descubro el poeta la belleza de la vida retirada, lejos ya de los paralelos bohemios y del bullicio de la camaradería que enciende el ánimo de Los Inolvidables o la tertulia alegre con sus coterráneos en Rancagua. Estos torbellinos se llenan de luz. En ellos apacico Dios. Un Dios personal, desconectado de cualquier religión, bíblico al fin, pero un Dios cuyos atributos son el goce y contemplación de su creación, la omnipotencia de la belleza (que al fin, Dios es la Belleza increada). Imposible no reconocer aquí la influencia Bíblica. Oscar escribe su propio Génesis, en el cual los elementos que surgen de la voz creadora son la rosa, el viento, el agua, el abrojo, la tarde... Y otra vez están aquí los gritos, los clamores, los nardos, los trábolos, la malvas... Hay imágenes precursoras de lo que será la voz neandertal:

"Desgranarse de hamas siderales
aguas de la emoción.
Dios creció en la noche, manejándose
y los montes pudieron alumbrar
y crecieron colinas
caladas como lámparas azules".

Esta poesía de la hora undécima tiene, retorcidaamente, ribetes bíblicos:
"Toda la Creación lata a Dios,
en sus venas giraban átomos y planetas".
En un último poema a Isolda - para ella había escrito en una tarde de primavera y valentines ese bello romance: "Pasa que no me olvides" - Oscar agrade a Dios que acogió este poeta que, tal vez, rezó poco pero que no desperdiçó sus talentos y que hizo del idioma un joyero destellosante. El ya está consciente de su partida.

"Pero viento perenne, nos recoge
la gran mano de Dios
y ya vivimos

en esa gran desnudez de lo divino".
Oída luego que Dios es "Quién Brome los ríos
luyendo de su voz... Aquel cuyas flochas encienden
el lucero".

Se venía el final de Octubre, con gitanas que perturbaban los concursos con sus crujientes de sedosas llanuras; las rosas envolvían ternuras y policonas antojadizas en sus botones, era nuevo el canto de la fuente y los débiles estremecían vestidos huevos, lustrosos, en los que el sol dejaba enredadas sus hebras de oro... Se avivaba esa fiesta tan afincada en el alma religiosa de nuestro pueblo: Todos los Santos. Cuando cada cual tiene un recuerdo para sus muertos y las tumbas - aun las más humildes - ostentan flores frescas y hay en los labios de los vinos una pliegue, unas palabras de recuerdo y en los ojos, una lágrima. Oscar va de la mano del ángel de la muerte en ese día de flores, de aforanzas y melancolías. Sus ojos cansados ya por el agobiante peso de la agonía prolongada y dolorosa, buscan en el infinito "el vivir que es perdurable". Para él, la vida, simplemente, fue dejar

"huellas en la tierra", dejamos en herencia su poesía, como daea el "rocío en el trío". Se fué Oscar ese día de Todos los Santos. Tal vez, porque ese día, la Primavera daba su sonrisa y su beso florido en cada campionario y los pétalos de las flores elevan un arcoíris de paz sobre los muertos. Se apagó la lámpara azul de Oscar Castro. Ya no invita a que vayamos al valle donde vivía, ni a que alcemos el vaso que rebalsó el mosto de noble amistad. Ha bajado a la tumba, para devolver todo lo que le debía. Pero el calor a vendimias de sus versos nos seguirá embriagando. Oscar se ha ido. Guardaremos silencio para que no lo desviven los luceros ni las ligeras del grillo poden su recuerdo. Se fue el hombre "de lecho minar", el mediero de la belleza y la amistad, el vendedor de canciones maduras, progenitor de canciones recién cortadas. "Trábulos y allálas dirán un cantar" porque Oscar, hombre carta cabal, el trovador de los valles que nega el Cachapoal, ha tocado el plátano insombrable de la eternidad.

HERENCIA DE UN POETA

Oscar Castro fue - es - el hombre, el poeta que "va rodando por el sueno abierto el dorado malz de su palabres". Después de medio siglo de su partida, nos sigue Enriqueando y alimentando el espíritu la graciosa luz de su poesía, la entrañable simplicia de su prosa; poeta, cuentista, novelista. Nos dejaron seducir por la mellitus voz del hombre que cultivó en su alma el amor por lo nuestro, la admiración por la gente que, sin aspavientos, en la resignación y al estufozo cotidianos, hacen que Chile cobre su identidad y encuentre su razón de ser. En la galería de personajes que, con trazos decididos nos entrega Oscar Castro, hay mineros de alma indómita y de cuerpo combativo, campesinos ingeniosos, laboriosos, hospitalarios, padres bonachones o con ínfulas de tirano. No menos nos es la psicología de sus personajes femeninos: madres abnegadas, sufridas, humildes. Muchachas de pueblo que amilan surgir y son succionadas por la vorágine de un ambiente sediento. Mujeres que saben dar amor, meretrices que, pese a su degradada condición, tienen un corazón bien puesto y gestos enternecedores. Las mujeres de Oscar son siempre sensuales, como que se recora en presentes con un toque de voluptuosidad, más siempre con respiro. Oscar es un maestro del lenguaje. Maneja astutamente el idioma materno tanto en su lexicología como en su gramática. Con singular desparpajo construye su relato, ritma, coloca el vocablo preciso. Es un autodidacta, no lo olvidemos, no supo casi de salas escolares y menos de pedagogías universitarias. Se ensució con la lectura personal. El resto es producto del incendio que provocan las chispas de su fantasa y de su imaginación, aliadas con una prodigiosa memoria, transparente, sutil, poderosa. Leyó en el libro abierto de la naturaleza - observador meticoloso y en los heliotípicos recovecos del alma humana. Hizo este Oscar a pesar de su frágil constitución. Un día, para honrarlo, le colgaron el cuadro la medalla de la Santa Cruz de Traña de Rancagua. Pero, el día que murió Oscar Castro, fue el poeta el que colgó su corazón, la mojaza de su lira, la magia de sus romances en el alma de Rancagua. Muchos son los que dicen tener el honor de ser rancagüinos. Rancagua tiene el honor de decir que Oscar Castro es su hijo más predilecto.

Mario Noceti Z.

Oscar CAstro, poeta, cuerpo de greda, poeta, alma de nardo

[artículo] Mario Noceti Z.

Libros y documentos

AUTORÍA

Noceti Zerega, Mario

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Oscar CAstro, poeta, cuerpo de greda, poeta, alma de nardo [artículo] Mario Noceti Z.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)